

UN ASUNTO PARA UN IDILIO.



Una labradora.—Cuadro de A. Van-Muyden.

SEGUNDA SERIE.—1858.

AÑO XVI. 25.



Yo no sé que pensarán mis lectores de esta sencilla escena de los campos: todo lo que puedo decirles es que es verdadera; que la he visto en una tarde de otoño, que me ha encantado, y que he tenido un gran placer en dibujarla. Tengo la conciencia de que en el momento en que esta pequeña caravana rústica pasó delante de mí no había mas poesía en mi impresión, y que no me ha sido posible trasladar mas sobre el lienzo: hoy mismo se despiertan las sensaciones que experimenté entonces mas vivas y mas variadas de lo que ya ha podido trasladarlas mi pincel. La culpa sin duda la tiene mi insuficiencia, pero tambien en parte el arte que no puede espresarlo todo.

Comenzaba el calor del día á decaer. El paisaje de que me hallaba rodeado estaba teñido de una luz muelle blanda, voluptuosa; oíanse ya los primeros rumores de la tarde; el cántico de los pájaros que desde su retiro se llamaban unos á otros; las cristalinas olas de los riachuelos que descendían de los vecinos cerros; el chirrido lejano de una carreta conduciendo las mieses. Todo esto se hallaba templado por una plácida luz y yo sentía un bienestar indecible, me hallaba penetrado de aquella paz, de aquella armonía.

Un pequeño ruido como el valido de un cabritillo me hizo de repente volver la cabeza, y vi salir de un sendero guardado de zarzamoras una moza llevando en sus brazos un cabritillo fatigado: la madre del animalito venía detrás, y respondía á los gemidos de su cria con dos ó tres sonidos tranquilos y breves, cual monosílabos que parecían decirle: está tranquilo, aquí voy. El chiquillo que llevaba en brazos la madre quería coger el cabritillo, y murmurando no sé que lamentos hacía gestos, y extendía un robusto brazo hacia la cabeza de su hermana. Su madre le reñía; «No quiero dártele, eres demasiado pequeño, es demasiado pesado para tí, ya ves que es preciso que yo misma te lleve en brazos.»

Sonríase la jóven aldeana al pasar delante de mí, cual si hubiese apelado á mi juicio. Empero ella no podía persuadir á su obstinado hijo. A pesar de la pobreza de sus vestidos y del tostado color de su rostro me parecía aquella jóven tan bella y tan graciosa bajo el peso del haz de verdura que llevaba en la cabeza cual una de esas cariatides griegas que sostienen con sus brazos de mármol las cestas de acanto. Su hijo le daba un aire de ternura y de respetabilidad, cual el de esas madonas que adornan las iglesias de aldea.

Todo se hallaba en armonía con aquel inocente grupo en que cinco seres formaban como una sola familia en el seno de la naturaleza, su comun madre. Cada cual de los actores tenía su papel que le unía á los otros por un dulce interés, y era aquello como una composicion enteramente hecha, y que no dejaba nada que desear: hasta había un principio de acción, un principio de drama en aquel chiquillo tratando de dominar y satisfacer su capricho. Representaba el carácter imperioso de su sexo, mantenía obstinadamente su voluntad contra la de las dos madres y los dos hijos. Aunque la senda no era tan estrecha como entre las moreras, la disposicion en fila se mantuvo durante algunos instantes, despues la cabra saltó libremente, y vino á colocarse á la cabeza del cabritillo y de la niña. Pocos minutos despues desaparecía aquel cuadro detrás de las primeras casas de la aldea. Yo saqué rápidamente mi lápiz; hice un boceto, lo miré, quede satisfecho de él y continué mi paseo preguntando si aquel asunto no hubiera convenido mejor á un

poeta, á un discípulo de Teócrito ó de Virgilio, que á un pintor, porque la pintura, á pesar de todo, no es mas que una muda poesía.

ALEJANDRO GONZALEZ.

## UN DORIA.

Génova es una de las mas hermosas ciudades de Italia. Allí encontré yo un día á un biznieto del famoso dux Andrea Doria.

Esta es su historia, que merece la pena de contarse.

Todas las tardes iba yo al *Aqua sola* á gastar el tiempo y pasear mi ociosidad. Examinaba aquellos deliciosos sitios, me reía de los elegantes, hacia un guiño á las hermosas muchachas, respiraba el aroma del azahar y de los jazmines, mirtos y acacias, y despues me bajaba tranquila y lentamente al *Aqua felice* ó á la *Via nuova*.

Algunas veces adelantaba tanto mi paseo, que me llegaba á una pequeña ermita consagrada á San Antonio. Allí reparaba en un mendigo que hacia de santero, y que me chocaba mucho. Vivía allí solo, tenía mas de veinte y cinco años, una figura varonil y altiva, una actitud imponente, que á fé mia formaba un gran contraste con sus harapos... ¡y qué harapos! cual no los he visto jamás.

Parecía uno de esos pobres que tan bien ha retratado el pincel de nuestro célebre Murillo.

Pedíame siempre limosna, y no dejaba de darle todas las tardes algunos cuartos, pero me chocaba siempre el que me la pidiese por San Andrés, al que llamaba su patron, y á cuya protección me encomendaba, y no por San Antonio, de cuya ermita era el custodio.

Tanto me chocó ya un día el verle repetir su acostumbrado estribillo, no solo á mí, sino á otros que le daban tambien limosna, invocando siempre la intercesion de San Andrés, que resolví ver en qué consistía aquello.

Una tarde despues de darle limosna al mendigo y de oírle invocar á su patron le di un cigarro que tomó con la mayor alegría, y sentándome á su lado me propuse hacerle hablar.

Era cerca del anochecer, la tarde estaba hermosa y el mar enviaba allí sus frescas brisas.

El mendigo, como todo genovés, tenía la lengua bien suelta y pronta siempre á charlar. Así es que al poco rato mientras fumaba el rico cigarro que yo le había dado, con todo el aplomo y magestad de un rico banquero de la antigua república genovesa, me contó sus aventuras.

Se llamaba Marco Andrea Doria, y su abuelo había sido senador de la república de Génova. Aquel senador era biznieto del grande almirante Andrea Doria, que había mandado sucesivamente las escuadras de España, Francia y Génova, aquel héroe cuyo nombre tan gran lugar ocupa en la historia del siglo XVII, y que por su valor y sus riquezas era mirado como uno de los mayores príncipes de Europa. Pero le dije, todavía hay Dorias que son ricos y considerados en Génova.

—Sí, y son mis parientes. El otro día el *signor* Andrea Doria, que iba al teatro, me hizo ir á su casa á buscar un



abrigo para ponérselo á su salida, y me dió una moneda de oro. Es primo mio.

Aquella indiferencia me asombró. Jamás hubiera creído que un genovés descendiente de héroes pudiese tener tan poco corazon.

Prosiguió su relacion, y me contó que en el matrimonio de una jóven Doria con un extranjero llamado Quilichini, le habian dado unos veinte pesos por haber traído flores de los jardines y haberlas echado en el portal y escalera de la casa.

Era jóven todavía, dijo, cuando murió mi padre, capitán de los carabineros del rey de Cerdeña, y que habia sido antes *fachino* (mozo de cordel) en Pisa, porque la revolucion lo habia arruinado. Alistado yo tambien en el ejército sardo, he combatido en la isla, cerca de Sassari, una cuadrilla de bandidos: por esto me dieron una hermosa recompensa... Aquí está, mirad mi cruz de San Mauricio... Tambien me habian ofrecido mil libras, pero las he perdido en mis desgracias.

—¿Porqué habeis dejado el ejército?

—Esa es una historia larga. Un día me paseaba en la montaña, acechando con mi fusil al hombro á que pasase un contrabandista. Divisé un coche de camino que por haberse asustado una mula acababa de volcar en un barranco. Acudí á socorrerlo. Pertenecía el coche al general Ugo Graciani que iba con su hija á Cagliari. ¡Soberbia muger! Diez y ocho años y con tinos ojos..... Tuve una fuerza de Hércules; se sacó el coche del barranco, se colocó la rueda en su lugar, y se separaron de mí los viajeros colmándose de bendiciones. El general me prometió empeñarse para mis ascensos, pero su hija me dejó tomarla la mano y me dió las gracias de la manera mas encantadora.

Quedé abismado: tenia conmovido el corazon y desgarrada el alma. Padecía horriblemente.

Vínoseme al pensamiento mi estado: soldado, simple soldado, me dije, y ella hija de un general. ¡Ella rica y yo pobre!... Sentí correr mis lágrimas por la primera vez de mi vida. Conocí el inmenso y terrible vacío que se formaba en torno mio... Blasfemé de Dios, que me habia hecho tan pobre. Maldije la casualidad que habia conducido á los viajeros á mi encuentro... Lloré, lloré... De repente cobré ánimo pensando que tal vez no habia ninguna deshonra para el general Ugo Graciani en dar su hija á un descendiente de los Dorias.

Deserté, y cuatro días despues me hallaba en Cagliari.

¿Qué ligera encantadora tiene nuestros destinos en sus manos, para que una simple circunstancia los cambie en un instante?

El primer día descubrí á Luisa en su ventana: se hallaba triste y meditabunda. Un secreto fuego me encendió el corazon. Me quedé insensato, loco, embriagado de alegría y de felicidad. Ya la isla no estaba para mí triste, aislada, solitaria; era una isla encantada. Los bosques ya no me parecían negros, ni salvajes, ni desierta la playa, ni las fuentes regaban ya una tierra maldita; bosques, playas, fuentes, todo me parecia risueño, feliz y fértil. La imagen de Luisa pasaba todas las noches por mi imaginacion en mis sueños, fresca, altiva, risueña y encantadora. Palpitaba mi corazon, y tan superior me creia á todos los hombres, que los miraba con compasion.

Luisa conoció mi sentimiento y no fué insensible á él.

Una noche despues de las doce se habia abierto su ventana: la jóven respiraba la brisa del mar, que llegaba dulce y perfumada hasta la colina de Cántara. Conocia ya mi nombre y mi pasion.

Cayó una rosa de la ventana: vedla aquí, signor, toda ajada; la guardo hace cinco años sobre mi pecho, del que no se separará sino cuando haya muerto.

Al coger la rosa y cuando la estaba besando con frenético entusiasmo, un pistoletazo me dejó tendido al pie de la pared debajo de un naranjo.

Aquel pistoletazo me hizo conocer por la primera vez que el general Graciani era hostil á nuestros amores, y que nos espiaba.

Luisa dió un grito de terror y desapareció. Yo no oí ya el menor ruido. Nadie vino á mi socorro. La risa nerviosa y satánica del general hirió mi oído algunos instantes despues. Padecía horriblemente, la bala me habia roto la pierna.

Una pobre viuda me recogió en su casa, y me cuidó con el mayor esmero y asiduidad durante un mes. ¡Cuán largo me pareció aquel mes que empleé en maldecir á mi asesino y preparar mi venganza!

Tenia sed de sangre, y cuando pensaba que era de la del padre de Luisa, me sofocaba la rabia. Aquel insuperable obstáculo que hacia que tal vez jamás pudiera llegar á vengarme de aquella odiosa asechanza y de mis burladas esperanzas, me mataba, me hacia el mas desgraciado de los hombres.

Recibir una ofensa, pase; pero no lavarla en la sangre de su enemigo, es el colmo de la vergüenza y de la bajeza. Al fin pude salir en cuanto fueron tolerables mis padecimientos; no aguardé á estar curado. Las noticias que yo habia sabido, una carta que Luisa me habia enviado por medio de un viejo capuchino, me tranquilizaban muy poco sobre las intenciones del general y mi porvenir. Habia yo escrito varias cartas á mi querida; empero mis cartas habian quedado sin respuesta.

No estaba libre la pobre niña; la habian sometido á la mas terrible vigilancia, á la mas cruel inquisicion.

Era de noche: para esta clase de expediciones es preciso elegir siempre la noche. Con un palo en la mano, medio cayéndome y disfrazado de pescador siciliano, me encaminé hácia la colina de Cántara, donde se hallaba edificada la casa de campo del general Ugo Graciani. El corazon me daba saltos en el pecho: con mi mano acariciaba el mango de un puñal veneciano y la culata de una pistola de dos cañones.

No llevaba intencion de provocarle: me habia armado para defenderme en el caso demasiado probable de un nuevo ataque.

Ademas habia allí en la quinta una persona á quien aborrecia á pesar de no conocerlo sino de nombre, un tal Antonio Brunivallo, que frecuentaba la casa desde mi catástrofe, y que decian era jóven, buen mozo, noble y rico.

¡Oh! en cuanto á ese, me decia yo á mí mismo, no he de tener lástima si llevo á encontrarle...

Lo encontré, y esa fué su desgracia, la de mi Luisa, la del general y la mia. ¡Cuán triste estaba la pobre niña, y qué cambiada me pareció cuando volví á verla!

Pasé como un leon por la cerca del jardín. Todo parecia dormitar en la quinta; nada se oponia seriamente á que yo penetrase en el cuan to de Luisa.



Yo no suelo reparar en obstáculos, y vos no sabeis de lo que es capaz un italiano que ama, y á quien han querido alejar por traicion del objeto de su amor.

Entré: me aseguré de una ojeada de que nadie me veia, que estaba bien cargada mi pistola, y en su sitio el puñal. Oí música, tocaban en el piano una de esas barcarolas que trasportan, caballero, que trasportan, cuando uno está..... Escuché por un momento: un no sé qué, el alma, el corazon, tal vez me decia que era Luisa la que paseaba sus dos de ángel sobre las sonoras teclas; y despues, era tan melancólico el sonido.....

—Toca una pieza mas alegre, dijo el general, á quien reconocí por la voz: esa romanza que te trajo el otro día Antonio.

Me estremecí: se apoderó de mí un sudor frio..... Sin embargo me contuve..... Presté atento oido. Luisa tocó aquella pieza, empero todavía de un modo mas melancólico: porque las cosas mas alegres toman de las almas que sufren un tinte mas grande de tristeza que las que son tristes por sí mismas.

El general rogó á Antonio Brunivallo que acompañase á su hija. Antonio cantó, y cada una de sus palabras me traspasó el corazon y me hizo sufrir los mas terribles suplicios.

Todavía quise contenerme: la razon humana tiene sus límites, abrí la puerta con estruendo y me lancé en el cuarto.....

Aquí el genovés pareció encontrar gran pena en proseguir su relacion que cada vez se me hacia mas interesante. Tenia la frente pálida y sus ojos llenos de lágrimas.

—No me pidais, caballero, otros detalles, dijo; este recuerdo me es demasiado penoso. Luisa está hoy en el convento de Sassari: el general y Antonio Brunivallo mi rival han muerto: yo he sido juzgado, y si me hallo libre en las calles de Génova lo debo á la influencia de mi familia que no dándosele nada por tener un pariente pobre y lleno de harapos, ha hecho el diablo á cuatro por no tener un ajusticiado. Luisa me ha perdonado..... Mas no podia casarse con el asesino de su padre: se ha casado con la soledad.

El mendigo guardó silencio. Era ya hora de volverme á Génova: la noche estaba siempre admirablemente hermosa y arrojaba sobre la escena un singular reflejo de poesia y de amor. El mendigo habia encontrado un asilo en aquella pobre ermita que cuidaba por algunas limosnas que le daban los devotos de San Antonio.

Quiso acompañarme algun trecho de la ermita.

—Pero, dije á Doria, ¿por qué sois mendigo ó santero mas bien que pintor ó negociante? ¿Estas últimas profesiones no son mas honrosas y lucrativas?

—Signor, respondió, un Doria no puede ni ha trabajado jamás. ¿Quereis que envilezca mi familia?

—¿Pues no sois mendigo y santero?

—No la deshonro, porque gano mi pan sin trabajar.

Así comprendia aquel degenerado descendiente de una gran familia la dignidad de la nobleza. Ya cerca de las puertas de Génova se despidió cortesmente de mí: deslicé una moneda de plata en la mano de Doria: volví á la fonda y siguiendo la costumbre inalterable que observaba en mis viajes apunté en mi *carnet* ó libro de memorias las notas de que he compuesto este artículo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## LA CASA DE ANGO.

Entre todas las ciudades degeneradas, si no arruinadas, Dieppe mas que ninguna otra puede al recorrer sus viejas crónicas, hallar recuerdos de gloria y de pasada opulencia que oponer al espectáculo de su presente medianía. Su vasto puerto, que no ve ya alinearse á lo largo de sus tristes muelles sino barcos pescadores, desde la modesta barca destinada á ir á buscar su cargamento de arenques al través de las olas germánicas, hasta el macizo ballenero, cuya proa aventurera irá á hendir los hielos del polo, envaneciese todavía á principios del siglo de servir de asilo á intrépidos corsarios, que con atrevidos y maravillosos golpes consolaban á la marina francesa de los grandes desastres de Aboukir y de Trafalgar. Remontándonos mas lejos todavía en los anales dieppenses, se halla su era de esplendor y prosperidad marítima.

Dignos hijos de aquellos filibusteros normandos, que en las edades poéticas y bárbaras de la Francia merodearon y conquistaron en todos los ríos y sobre todas las costas de la Europa, los dieppenses desde el siglo XIV se lanzaban atrevidamente por el camino de los cisnes, como decian sus abuelos, sobre las llanuras del Océano.

Los primeros entablaron relaciones comerciales con la Guinea, y dos castillejos bautizados por ellos con un nombre grato al orgullo nacional, el nombre de París, levantaban sobre las playas africanas un monumento á la gloria de la capital francesa.

Un siglo despues un gentil-hombre de Dieppe, Juan de Betencourt, marchaba á conquistar las islas Afortunadas, y las gobernaba en nombre del rey de Francia. Al mismo tiempo que Cristóbal Colon, antes que él aun, Cousin, marino de Dieppe, saludaba la tierra americana; despues, atravesando un espacio inmenso, iba á reconocer el cabo de Buena Esperanza, el cabo de las Tempestades, antes que los portugueses hubiesen podido decir á la Europa que habian visto el límite meridional de Africa.

Al mismo tiempo que los portugueses penetraron los dieppenses en las profundidades de la India, y el pabellon de la ciudad normanda rivalizaba sobre los mares asiáticos con la orgullosa bandera de Lisboa.

Dieppe era entonces el centro de un inmenso movimiento comercial y marítimo: servia de depósito á todas las producciones de las regiones del Ecuador, y las derramaba en todas las partes de Europa. Aun existe hoy un notable monumento particularmente característico de aquella brillante fortuna, tanto mas precioso cuanto que es el único tal vez que ha resistido á los esfuerzos de tres siglos; los demas títulos de la nobleza de la ciudad de Dieppe no se hallan sino en la historia.

Cuando se siguen las altas y blancas alturas de la costa, á cuyo pie vienen á estrellarse las olas, se encuentra á dos leguas cerca hácia el Oeste de Dieppe, la aldea de Varengeville.

Esta aldea es una de las mas pintorescas, de las mas rí-sueñas, de las mas opulentas, de las mejor adornadas por la naturaleza de la bella Normandía, encierra ademas un trozo de arquitectura del mas alto interés.



Es una casa gótica levantada á principios del siglo XVI. Los años y la barbarie de algunos de sus poseedores, felizmente no la han degradado lo bastante para alterar la elegancia y pureza de sus formas, y para que hubiera podido perderse la delicadeza del trabajo y de sus adornos. Su aspecto tiene todavía muchos encantos. En la parte central de una rica fachada, se aplica á un cuerpo destacado una escalera de dos ramales delineada con gusto y decorada con magnificencia, y sembrada profusamente de bajos relieves y esculturas. Lleva esta escalera por un lado á cuartos á que

dan luz aquellas lindas ventanas de los siglos góticos, que tanto nos hacen echar de menos nuestras modernas ventanas: y por el otro desemboca sobre una galería que sostienen columnas, cuyos intervalos quedando vacíos forman arcos. Las paredes están esteriormente cortadas á cuadros: entre los pisos hay una larga y ancha banda enriquecida de medallones distribuidos de distancia en distancia, conteniendo cada uno una figura, un adorno, un bajo relieve.

En uno de los ángulos del edificio se alza ligeramente una delicada torrecilla muy graciosa, y la que se negaría



La mansion de Ango

de buena gana á admitir mas habitantes que la heroína de una novela caballeresca: su techo está coronado de una flechita piramidal que termina en un ramo de escultura dispuesto en coronas.

En su conjunto como en sus detalles, revela este monumento una vasta opulencia y un ilustrado amor á las artes. Es una de aquellas casas del alto tono del siglo del renacimiento, que los artistas traídos de Italia á peso de oro, venían á colocar como modelos bajo el cielo de Francia. Todo anuncia en ella un origen italiano. La galería llena de ador-

nos y de originalidad en sus decoraciones, empero al mismo tiempo de gracia y de elegancia, parece haber sido arrancada de algun palacio de Venecia.

El orgullo de una nobleza de provincia, templado por el buen gusto de la corte, y una espiritual inteligencia de los recursos del arte, caracterizan en una palabra aquel delicioso edificio que se maravilla uno de ver salir de repente en medio de una confusion campestre de árboles, matas, céspedes y arroyos.

Si se pregunta quién fué el antiguo castellano de aque-



lla feudal morada espera uno oír nombrar alguno de los caballeros de Francisco I, alguna de las mejores familias normandas, y con asombro llega á saber uno que el poseedor del gótico palacio era un simple mercader de Dieppe, que tenía un nombre plebeyo y una fisonomía vulgar llamándose Ango.

El mercader Ango fué en efecto el creador de la mansion de Varengerville, porque fué la completa personificación del poder marítimo y comercial de Dieppe en el siglo XVI.

Todos los hijos de Dieppe, nacían entonces especuladores y marinos. Nacido en la medianía, empero dotado hasta el genio de las cualidades mas útiles de su época en su ciudad y en su condición, Ango de empresa en empresa concluyó por juntar prodigiosas riquezas. Sus bageles bogando bajo un pabellon propio suyo, bajo el pabellon de Ango, disputaban á los portugueses el comercio de la China y de las Indias, hasta tal punto, que celosos de la concurrencia, los portugueses reuniendo sus fuerzas atacaron y saquearon en los mares lejanos los navíos del mercader de Dieppe.

No se hizo aguardar la venganza. Armó Ango una escuadra. No la envió á las colonias á ejercer parciales represalias; atacó á Portugal en el corazon. Sus buques penetraron en el Tajo y muy pronto asustados los portugueses de las enormes pérdidas que sufrían en su comercio y en su marinería suplicaron al rey Francisco I intercediese por ellos con su formidable súbdito.

Negocióse la paz como de potencia á poteneia y fué preciso que el altivo Portugal se resignase á enviar un embajador extraordinario para ofrecer una reparacion formal al negociante de Dieppe.

Con una opulencia enteramente real, gastaba Ango como un rey de sus inmensos recursos, y cual si hubiera tomado por modelo á Francisco I, consagraba sus riquezas en animar los esfuerzos de las artes renacientes.

El palacio de Varengerville no era mas que una de sus casas de campo. Su palacio de la ciudad colocado en el lugar que ocupa hoy el colegio, eclipsaba en magnificencia las mas espléndidas moradas de la provincia.

En el palacio de Ango quiso alojarse Francisco I cuando vino á visitar á Dieppe, y aunque acostumbrados á las pompas de la brillante corte del rey caballero, los gentiles-hombres de su comitiva se asombraban del refinamiento del lujo del mercader, y paseados sobre los bageles de Ango del palacio de la ciudad al palacio del campo de Ango, reconocían anticipándose á los siglos futuros que la riqueza era también una nobleza. El rey para reconocer la mucha parte con que el gran mercader contribuía á la gloria de su reinado, le nombró comandante de Dieppe y gobernador del castillo.

Hemos dicho que Ango podia ser considerado como la personificación del antiguo poder marítimo y comercial de Dieppe: esta personificación es tanto mas exacta cuanto que las vicisitudes de la suerte abatieron al opulento mercader como debían hacer decaer á su ciudad natal.

El mar tan largo tiempo sometido á él, tragó sus bageles: sus empresas felices por tanto tiempo le salieron mal. Acostumbrado por la fortuna á que todo cediese y se plegase á su voluntad se agrió su carácter con los reveses. Irritados con su opresion trágica le arrojaron de la ciudad sus compatriotas, y el viejo Ango fugitivo no tuvo mas que la morada de Varengerville en que poder reposar su cabeza.

Cuéntase que en lo alto de su torrecilla permanecía dias enteros absorto en la contemplacion del mar que tanto le habia dado y que todo se lo habia arrebatado!....

JOSE MUÑOZ GAVIRIA.

## LA BATALLA DEL GUADELETE EN JEREZ.

Hay batallas que no son solamente grandes dramas militares, crisis solemnes en las vidas de los pueblos, sino que ocupan también un lugar como revoluciones en los anales generales de la civilización y la humanidad. Estas son las que dan naciones de genio y de edad social diferentes: tales fueron las luchas entre los griegos y los persas, entre los normandos y sajones en las llanuras de Hastings; entre los cristianos y los turcos en la Hungría; entre los moros y los visigodos en las memorables jornadas de Jerez de la Frontera y del Guadalete.

Como gusta siempre mezclar el interés de la novela á las severas narraciones de la historia, se han transmitido las tradiciones populares de que los moros habian sido llamados á España por un conde don Julian que habia querido vengar á su hija Florinda, violada por el rey de los godos, don Rodrigo; empero las causas que produjeron el fin de la dominación goda fueron mas serias.

Rodrigo y Witiza se disputaban el trono: siendo el mas débil Witiza, su yerno el conde don Julian, gobernador de la fortaleza de Ceuta en la costa de Africa, pidió socorro á los árabes, ya señores de toda el Africa Septentrional, aunque apenas habian pasado cien años desde la muerte de Mahomet, su creador.

Los árabes miraban con ojos codiciosos la España: apresuráronse á aprovechar la ocasion de penetrar en ella.

Muza, que mandaba en Africa á nombre de Walid I, seso califa, despues de haberse hecho entregar la fortaleza de Ceuta en garantía de la lealtad del conde Julian, envió un cuerpo de ejército á las órdenes de Tarick-Ben-Zeiad.

Desembarcado en Algeciras, muy pronto fué dueño Tarick de Gibraltar.

Como los moros hacían fuertes desembarcos en las costas de Andalucía, no se alarmó don Rodrigo por aquella invasión, contentándose con destacar algunos caballos para arrojar los piratas; empero la destruccion de aquella tropa y datos positivos le hicieron comprender la gravedad del peligro. Juntó entonces apresuradamente cuantos soldados pudo levantar, y salió en persona al encuentro del enemigo. La nación visigoda se hallaba estenuada con continuas guerras civiles. Rodrigo, recién subido al trono, tenía poca autoridad: algunos de sus grandes vasallos partidarios de Witiza rehusaron marchar con él: otros fueron á reunirse con los árabes, de suerte que el rey visigodo apenas pudo reunir ochenta mil combatientes.

Encontráronse los dos ejércitos (en el mes de noviembre de 711), cerca de la ciudad de Jerez, sobre las márgenes del Guadalete.

Nueve dias enteros duró la batalla: aunque muchos ge-



les visigodos se hubiesen pasado al enemigo durante el combate, y aunque desde el tercero Tarik atravesó con su lanza al rey Rodrigo, que su diadema de perlas, su manto de púrpura resplandeciente de oro y ricas pedrerías, y su carro de marfil señalaban á todos los ataques.

La entera destruccion de la dominacion de los visigodos fué el inmediato resultado de la sola batalla de Jerez, y en tres años los árabes fueron dueños de toda la España hasta la falda del Pirineo.

Entonces Pelayo, protestando contra la invasion extranjera, él que habia peleado como un valiente en los campos de Jerez, emprendió desde las montañas de Asturias la reconquista de la patria.

Ocho siglos debían pasar antes que la espada de Isabel la Católica acabase de vengar enteramente la terrible derrota del Guadalete. En este largo período los moros ejercieron una gran influencia de civilizacion sobre la España, y hasta cierto punto sobre toda la Europa.

Tarik, habiendo cortado la cabeza de Rodrigo, la hizo llenar de alcanfor, y la envió como trofeo de su victoria á Muza, que la mandó en ofrenda al califa. El cuerpo del desgraciado rey de los visigodos fué secretamente trasportado á Portugal y enterrado en una iglesia de Viseo.

Los hijos de Witiza, el conde don Julian y sus partidarios, fueron mirados con el mayor desprecio por el vencedor Tarik, que los consideró como enemigos de quien ya no necesitaba.

¡Quedaron envueltos en el comun desastre de la raza visigoda!...

SANTOS GONZALEZ.

## EL EMERILLON DE AMÉRICA.

Este pájaro, que Buffon llama al macho *emerillon de Cayena*, y á la hembra *emerillon de Santo Domingo*: es el *falco esparverius* de Wilson.

Este pájaro se coloca sobre las mas altas montañas, y se deja caer como el rayo sobre sus presas, que suelen ser pequeñas serpientes, ratas, lagartos, langostas, y aun pájaros, los que coge en sus crueles garras, cuando colocados sobre alguna rama de los árboles están cantando con imprevista alegría.

El emerillon tiene todos los caracteres propios de la familia de los halcones. Pico redondo, encorbado desde su base, armado á la punta de los costados de un diente agudo; el ala puntiaguda, poderosa, mas larga que la cola; las cejas salientes; el ojo sombrío, hundido en una órbita salvaje. La hembra tiene del pico á la punta de las plumas bordadas de blanco de su cola, catorce pulgadas de largo, y veinte y tres de un extremo al otro de sus alas extendidas. El macho, que mide una pulgada menos sobre cada dimension, es menos bello, menos fuerte, menos valiente: las siete manchas negras que rodean tambien su cabeza, se dibujan sobre un blanco menos puro; el armiño de su seno está adornado de manchas menos multiplicadas: el azul de la parte superior de su cabeza es menos intenso; la man-

cha de color de castaña que la corona parece menos brillante. Además, sería difícil precisar las manchas y los tintes tan finamente matizados y tan variados que cambian no solamente segun el sexo del pájaro, sino tambien segun su edad; tanto, que los naturalistas han multiplicado las especies de emerillones de América variando los nombres segun los individuos que han observado en los diferentes periodos de su vida.

Reside esta especie constantemente en todas las comarcas de los Estados Unidos, del Océano Atlántico, y del mar Pacífico.

Las costumbres y los habitos de estos pájaros son muy conocidos de los naturalistas. Su vuelo es irregular; se ciernen suspendidos en el aire en un mismo sitio durante un minuto ó dos; despues desaparecen de repente lanzados en otra direccion. El emerillon se cuelga en la rama de un árbol seco ó de cualquier poste plantado en medio de un campo, ó de una pradera, y se deja caer allí plegando sus largas alas con un movimiento tan pronto, que parece desvanecerse á la vista. Allí se queda guardando una posición casi vertical durante horas, y solamente sacude alguna vez su cola de una manera rápida y estrepitosa.

Este pájaro va errante por las tapias de los jardines, donde acecha los pajarillos. Las langostas, donde son abundantes, le proporcionan una buena parte de su provision: los lagartos, las lagartijas, las ratas, son manjares de su predileccion.

Pone en el comer una grande delicadeza; jamás come la presa que no ha matado él mismo, y en este último caso desecha con desden el pedazo que no le parece bastante apetitoso. Un naturalista vió un día á un emerillon coger una rata y llevarla sobre un gran poste de una empalizada; allí colocada, examinó su presa; despues la puso á un lado, y la dejó. Poco tiempo despues, el mismo pájaro se echó sobre otra rata, se la llevó derecho á su nido, oculto en el tronco de una antigua encina. Curioso el naturalista de saber por qué el pájaro habia desechado su primera presa, fué á observar la rata abandonada, y vió que era sumamente flaca, y que estaba llena de piojillo. El pájaro de rapiña se habia mostrado, no solo delicado, sino prudente; habia hecho un razonamiento muy juicioso: si yo llevo esto á mi nido, este esqueleto que no vale un picotazo, lo llenaré de miseria.

El naturalista Wilson cuenta tambien las frecuentes disputas que tienen estos pájaros entre sí. Durante la estacion de primavera, cuando de cada mata y de cada bosque se escapan torrentes de armonía, el emerillon á través del concierto general lanza su nota retumbante, y llena en los conciertos del bosque, el papel de un trompeta á la cabeza de un regimiento.

Atrevido y quimerista este pájaro posee estraños talentos de imitacion y de burla; contrahace el grito humano en los momentos de angustia y de queja. Sus ojos son de una precision infalible, así es que cuando se lanza sobre su presa, llega inmediatamente fijo sobre ella.

Presentamos á nuestros lectores el retrato de esta ave de la América en sus diversas posiciones, pudiendo admirar lo variado y pintado de su plumage.

MATIAS DEL RIO.





El emerillon de América.